

Ética y Poder

Sánchez Azcona, Jorge, *Ética y poder*, México, Editorial Porrúa, 1998, pp. 149.

La premisa que Sánchez Azcona desarrolla en *Ética y Poder*, es que en el estudio del poder no sólo se debe dar su descripción y análisis sino también las implicaciones sociales que tiene, hay que buscar y utilizar el conocimiento científico para limitarlo, controlarlo, normarlo y, sobre todo, para que la comunidad sobre la que se impone dicho poder lo someta a aspectos jurídicos, institucionales y éticos para su manejo.

El autor divide su trabajo en cuatro capítulos. En el primero aborda los presupuestos antropológicos del poder; en el segundo sus consideraciones sobre el poder; en el tercero la relación entre poder y democracia, y en el cuarto la relación entre ética y poder.

En el capítulo I el autor señala que para entender la esencia y el ejercicio del poder, es necesario comprender qué es el hombre y cómo su actuar se da mediante una interrelación con sus semejantes, lo que configura su comportamiento normativo y de las instituciones que se desarrollan en cualquier comunidad, entre las que destaca el poder político como instancia del control social.

La vida social es resultado de una multiplicidad de factores que tienden a consolidar y a institucionalizar diferentes normas de comportamiento que inciden en una comunidad. De estos factores destaca la compleja configuración del individuo, por lo que el estudio del hombre debe analizarse como una unidad en la cual sus características biológicas, psicológicas y sociales son inseparables y mutuamente condicionantes.

Desde el punto de vista de la antropología del poder, Sánchez Azcona tipifica, como necesidades fundamentales y motivaciones básicas del actuar de las personas, las siguientes: necesidad de seguridad física, de seguridad emocio-

nal, de reconocimiento social (*status*) y de triunfo. Estas dos últimas, son las fuerzas impulsoras decisivas que mueven al hombre tanto para el goce de lo económico como para la búsqueda del poder.

Resalta el énfasis del autor en señalar que la sociedad no puede subsistir si no se organiza y estructura desde el punto de vista político. Alguien tiene que mandar, organizar, conciliar o hasta imponerse a las diferentes voluntades de otros miembros de la comunidad. Ese alguien es el detentador del poder.

El poder tiene la función de organizar una comunidad, establecer un orden, una jerarquía normativa a través de la cual se limita, reprime y canaliza tanto el actuar individual como colectivo, sobre todo en la búsqueda y en el ejercicio del propio poder.

II

El poder es una expresión de la vida en sociedad que despierta gran inquietud e interés no sólo en cuanto a su estudio académico, sino por ser un espacio existencial en donde concurren las pasiones más intensas del hombre, en su

búsqueda, en su ejercicio o en su sometimiento.

La búsqueda del poder es una tendencia innata que viene de lo más profundo del ser humano. El poder junto a la religión es una expresión que le permite al hombre ir más allá de los límites que normalmente la vida le impone; al tener poder el individuo siente que trasciende, que su finitud se relativiza, que se afirma en su yo individual. Considera que si logra tenerlo y ejercerlo pasa a formar parte de los selectos, de los escogidos, de los importantes.

La ambición de poder descansa sobre el deseo personal de perpetuarse, de alargar su finitud, de sentir que trasciende los límites fatales de su propia muerte.

El poder no sólo es un medio por el cual la persona que ocupa cierta posición obtiene compensaciones psicológicas y existenciales sino además, es un camino que facilita el logro de grandes éxitos económicos, factor de la más alta cotización en la historia de la humanidad. La posición del político le permite adquirir enormes ventajas que no tiene el ciudadano común y corriente, por sus obligadas relaciones, la información privile-

giada de que dispone y por el desempeño de su propio rol está forzado a vincularse con los intereses económicos preponderantes de su época.

III

En el capítulo referente al poder y la democracia, a ésta la concibe como un proceso dialéctico permanente de superación y también de perfeccionamiento de los sistemas y estructuras políticas.

Las sociedades modernas, asentadas en las grandes ciudades y en cuyo seno miles de individuos se interrelacionan de diferentes formas, son incapaces de subsistir si no hay un control social que coordine, condicione, concilie e inclusive se imponga sobre los contradictorios y divergentes intereses, ya sea individuales o de los grupos que forman la sociedad.

Por ello se requiere que el poder político —cuya expresión última es la coacción física—, se organice para que la gran masa de la población se vea obligada a conceder parte de su propia soberanía, de su libertad individual en favor de la organización política y para que a cambio ésta le propor-

cione certeza y seguridad en su actuar social.

La implementación de la democracia en cualquier sociedad es una tarea difícil, inacabada y permanente. Significa luchar contra la corriente; es tener fe y esperanza en el hombre y redoblar esfuerzos para que, a través de la cultura, la educación y las normas familiares se consolide una normatividad jurídica y una legitimidad lo menos manipulada posible, en donde predomine un contrapeso a la dominación minoritaria, es decir una ética que reconozca que el concepto vertebral de la vida pública debe ser la búsqueda permanente de un equilibrio entre igualdad y libertad.

Como bien señala Sánchez Azcona, retomando a Albert Camus, no hay, tal vez, ningún régimen político que sea bueno, pero la democracia es, con toda seguridad, el menos malo. Una sociedad que busca fortalecer las vías democráticas, requiere necesariamente crear y consolidar principios morales en el actuar cívico de cada uno de sus miembros, pero no de manera que sólo fortalezca al individuo en lo particular, sino que sirva al desarrollo de una cultura

democrática que trascienda los intereses individuales.

IV

En el último capítulo, el más importante y propositivo, el autor plantea su propuesta para dignificar el poder por medio de la ética política, al señalar que la lucha para equilibrar y dignificar al poder a través del desarrollo de una cultura democrática, debe apoyarse en la educación, tanto familiar como escolar, y la incorporación de un marco ético en el orden jurídico, que reconozca como fundamento de la sociedad a la que rigen dichas normas, principalmente los valores de justicia y libertad.

Al poder lo representan y ejercen personas con intereses políticos y económicos muy precisos y, por tanto, hay que evitar en la medida de lo posible, que lo ejerzan en forma indiscriminada, distorsionada, en función de beneficios particulares. Propone pugnar para que la normatividad jurídica impe- re y domine en ese campo, participando en su regulación normativa y sometándolo por medio del derecho y poniéndolo al servicio de la comunidad.

La conclusión del autor, y con la que coincidimos ampliamente, sobre la relación entre ética y poder, es que existe una enorme complejidad para entender el poder pero, sobre todo, para someterlo a valores, a normas jurídicas que protejan su ejercicio, en un marco ético que sea reconocido y respetado por la comunidad, particularmente por los políticos.

La condición humana ambivalente y contradictoria, siempre en búsqueda de trascender el límite de la existencia, en donde las actuales estructuras económicas prohijan y alientan un afán de lucro a partir de un sistema que propicia la legitimidad del dominio creciente del poderoso, la monopolización del dinero y el poder, sometido éste a los intereses de aquél, en donde el egoísmo, la avaricia y la compulsión, son las características que alientan la búsqueda de la ganancia económica infinita, que junto con el poder político, son factores que garantizan la trascendencia y la gloria, alcanzada sólo por pocos. Esto hace que el sometimiento a esos impulsos de lucro y poder subordinen a los demás procesos sociales, fortaleciendo y privilegiando al posee-

dor, marginando a los desposeídos, transformando a la clase política en una clase subordinada a los intereses económicos, y avasallando las soberanías nacionales bajo el concepto de la modernidad que, en muchos aspectos, es la rapiña disfrazada de ideología liberal.

Querer incluir un contenido ético al poder, en estas condiciones, suena ilusorio: la política ausente de ética, la historia a favor de Maquiavelo.

Rosendo Bolívar Meza